

**JUEVES SANTO**  
**S. I. Catedral, 5 de abril de 2012**

**+ Vicente Jiménez Zamora**  
**Obispo de Santander**

Querido Cabildo, sacerdotes, diáconos, seminaristas, miembros de vida consagrada, fieles laicos presentes en esta S. I. Catedral Basílica de Santander y los que seguís la celebración de la Misa de la Cena del Señor, a través de los Medios de Comunicación Social, especialmente por la Cadena COPE, por Popular TV de Cantabria y por Telecosta. Querida Escolanía de nuestra Catedral.

Con la celebración de la Misa Vespertina del Jueves Santo, la Iglesia da comienzo al Triduo Pascual y evoca aquella memorable Cena en la cual el Señor Jesús, “la noche que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz, y a confiar así a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección” (*Sacrosanctum Concilium*, 47).

Toda la atención del espíritu se centra en los misterios que se conmemoran en la Misa: es decir, la institución de la Eucaristía, la institución del Sacerdocio y el mandamiento nuevo del Señor sobre la caridad fraterna.

**Institución de la Eucaristía**

La primera lectura, tomada del *libro del Éxodo*, pone de relieve de qué manera la Pascua de Jesús se corresponde con la Pascua de la Antigua Alianza ordenada por Moisés, a la que dio pleno cumplimiento. En aquella Cena Pascual los israelitas conmemoraban la salida de Egipto y la liberación de la esclavitud mediante el sacrificio de un cordero pascual. El recuerdo de un acontecimiento tan extraordinario se convirtió, por mandato divino, en memorial perpetuo y en día festivo para siempre: “*Este día será memorable para vosotros y lo celebraréis como fiesta en honor del Señor, de generación en generación*” (1ª lectura). Era la Pascua de la Antigua Alianza, que quedaba superada por la Pascua de la Alianza Nueva y Eterna (cfr. Mt 26, 28; Hb 8, 6-13).

En efecto, en aquella tarde de despedida en el Cenáculo, Jesús consumó la Cena Pascual y las antiguas tradiciones judías dándoles un nuevo contenido.

Hemos escuchado cómo habla de esa Pascua Nueva San Pablo en la segunda lectura, tomada de la *1ª Carta a los Corintios*. En esta narración, la más antigua relativa a la institución de la Eucaristía, se hace memoria y se

www.sotodelamarina.com

proclama a la vez que Jesús, “*en la noche en que iban a entregarlo, tomó un pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: ‘Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía’*. Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar diciendo: ‘*este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; haced esto cada vez que bebáis, en memoria mía’*” (2ª lectura).

A lo largo de dos milenios, desde aquella tarde, la Iglesia, los discípulos de Jesús, no cesamos de cumplir este mandato, haciendo de la celebración de la Eucaristía el centro y el culmen de la vida cristiana, manantial de vida y de la presencia amorosa de Dios. La Eucaristía es el gran don para la Iglesia y el mundo. La Iglesia vive de la Eucaristía (Juan Pablo II).

Esta tarde de Jueves Santo estamos todos invitados a celebrar y adorar, hasta bien entrada la noche, al Señor que se hace sacrificio, presencia, alimento para nosotros, peregrinos en el tiempo, ofreciéndonos su carne y su sangre.

### **Institución del Orden Sacerdotal**

Por las palabras en aquel primer Jueves Santo de la historia: “*Haced esto en memoria mía*” (1 Cor 11, 24-25), el Señor instituyó el sacerdocio y se quedó en los sacerdotes, para que por ellos se renovara el sacrificio de la Eucaristía “*hasta que el Señor vuelva*”. Los sacerdotes, en nombre de Cristo, renuevan el sacrificio de la redención, preparan para los fieles el banquete pascual, presiden al pueblo santo de Dios en el amor, lo alimentan con la palabra y lo fortalecen con los sacramentos.

En este Día de Jueves Santo, debemos agradecer de una manera especial a Dios el regalo de los sacerdotes a su Iglesia. Es un momento para hacer que se perciba cada vez más la importancia del papel y de la misión del sacerdote en la Iglesia y en la sociedad contemporánea. Hoy debemos orar con intensidad por la fidelidad de los sacerdotes a la vocación recibida y para que el Señor bendiga a nuestra Iglesia Diocesana de Santander (y a todas las Diócesis de España) con numerosas y santas vocaciones sacerdotales.

### **Mandamiento nuevo del amor fraterno**

Finalmente, el mismo Señor quiso unir su sacrificio pascual con el mandamiento nuevo del amor y el servicio a los hermanos. Jesús, de rodillas, inclinándose en actitud de servidor, lavó los pies a sus discípulos y les explicó el sentido de ese gesto: “*Vosotros me llamáis ‘El Maestro’ y ‘El Señor’, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros*” (Jn 13, 14-15). Y añadió: “*Os dejo un mandamiento nuevo: ‘Amaos los unos a*

los otros como yo os he amado. En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros” (Jn 13, 34-35).

De la misma celebración de la Eucaristía brota el don y la exigencia del amor fraterno. El amor no se practica pasando de largo, como el sacerdote y el levita, sino bajándose de la cabalgadura, como hizo el buen samaritano, para acoger al hermano que sufre las heridas físicas, psicológicas y morales, curándole con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza. En nuestros días el amor se hace solidaridad ayudando a los que sufren las graves consecuencias de la crisis económica, a través de Cáritas y de las obras de la Iglesia.

El Papa Benedicto XVI ha escrito en la encíclica *Deus caristas est*: “Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma (n. 14).

De la Eucaristía nace el impulso y la fuerza para trabajar por la justicia y la paz en el mundo. En una de las plegarias eucarísticas (V/b) oramos así: “Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna, frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido. Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando”.

Queridos hermanos: que el gesto del lavatorio de pies, que vamos a iniciar dentro de unos momentos; la consagración del pan y del vino sobre esta mesa de altar; la comunión eucarística y participación en el banquete pascual; el traslado de las especies consagradas al Monumento para su adoración, nos introduzcan de forma eficaz en el Misterio Pascual. Amén.